

tormenta. Los mas adictos á Felipe II exigian del nuevo Rey una profesion de fe católica. Repugnábale mucho á éste abjurar sus principios religiosos por el codiciado logro de una corona tan espléndida como la corona de Francia, temeroso mas del juicio de la posteridad que del juicio de su propia conciencia. Mas, aparte la poca fe de su espíritu no muy dogmático ni muy firme y seguro en sus creencias, debe considerarse lo ardiente de su patriotismo. Enrique IV decia que, amando tanto como amaba su nacion, dejaríala de buen grado expatriándose definitivamente, si las circunstancias le persuadian á crear una perturbacion constante su presencia en el suelo francés. Así, cuando el Parlamento se reunió para nombrar nuevo monarca, Enrique, receloso de que la corona francesa recayese por acaso en las sienes de una dinastía extranjera como la dinastía española, mandó su abjuracion en oficial pliego diciendo la célebre frase: «Paris bien vale una misa.» Y la oyó en la iglesia donde reposaban las cenizas de sus antecesores, en la iglesia de Saint-Denis. Y al salir de tal misa, pudo experimentar la eficacia del santo misterio católico, viendo cómo se partian para siempre de Francia las tropas españolas. El combate gigantesco agotó las fuerzas colosales de Felipe II, quien tuvo que firmar la paz de Vervins, reconociendo á la dinastía de Borbon. Esta no pudo hacer mas por sus compromisos tradicionales que firmar el Edicto de Nantes, cuyos cánones reconocian la única tolerancia religiosa posible y fácil en siglo tan perturbado y supersticioso como aquel gran siglo. La derrota de la Liga, es, despues de todo, la derrota completa de la reaccion religiosa. Los jesuitas, motores de todos estos acontecimientos, habian mucho influido en su desarrollo, pero no habian ganado nada en definitiva. La historia humana es un conflicto perpetuo entre la reaccion y la revolucion; y aunque las victorias parciales pertenezcan á la reaccion, las victorias grandes, supremas, definitivas, inapelables, pertenecen por una ley providencial, pertenecen á la revolucion.

CAPITULO XVII

LA REACCION CATÓLICA EN EUROPA

Veamos ahora el estado de Inglaterra, y enlacémoslo con el estado general de Europa, y los sucesos de Alemania, Italia, Francia, España y Holanda, en los anteriores párrafos de esta nuestra historia, descritos y relatados.

Imposible deducir la Escocia del siglo décimosexto por la Escocia del siglo décimonono. La Naturaleza eterna no habrá cambiado mucho, pero ha cambiado la sociedad extendida en esta Naturaleza. Bramarán los mares del Norte por sus bravías costas; sobre los fundamentos de granito se levantarán colinas graciosas coronadas de bosques, y verdes prados sostenidos por una humedad perpetua; el oscuro melezo extenderá sus pirámides en las enriscadas breñas, y el brillante roble sus metálicas hojas y sus graciosos ramajes por las suaves honduras; en el fondo de los valles se adormirán tranquilos y risueños los lagos, mientras allá en la cima de los montes se tenderán tenues y opaladas las nieblas; inspirando así melancólicos sonos á una música pastoril y esmaltes varios á una poesía fantástica. Pero si la Naturaleza material permanece inmóvil, en cambio el mundo social ha variado completamente. Nada entonces de las grandes ciudades que compiten hoy en hermosura con las mayores de Inglaterra; nada tampoco de la industria erigida por dos siglos seguidos de libertad y de trabajo; nada ciertamente de la cultura sobrepuesta en aquel suelo privilegiado por reveladores como Knox, por poetas como Byron, por novelistas como Walter Scott, por filósofos de la escuela escocesa, reinante muchos años con verdadero imperio sobre una parte considerable de la ciencia europea. Tierra boreal casi en una isla ya del Nor-

te; habitada por los pictos, próximos parientes de los galos; inaccesible como todos los territorios montuosos á las extrañas irrupciones; habíase libertado así del yugo latino como del yugo sajón, y mientras Inglaterra caía en poder de los germanos primero y en poder de los normandos más tarde, sobrepuestos sucesivamente á la dominación romana, Escocia permanecía independiente y segura tras las tormentas de sus mares oscuros, tras los vapores de sus lagos múltiples, tras las soledades de sus landas desiertas, tras el velo de sus espesísimos bosques, dividida en tribus, las cuales se gobernaban patriarcalmente dentro de sí á reserva de guerrear con las tribus vecinas, por virtud de lo cual conservaba el movimiento continuo de los combates en la inmovilidad sacra de las tradiciones y de las costumbres.

Formado á las puertas mismas de la poética Escocia reino tal como el reino británico, este gran Estado debía ejercer sobre los pueblos vecinos, en la sucesión del tiempo, la natural atracción ejercida entre los astros cercanos por unos sobre otros en la inmensidad del espacio. Inglaterra debía tender á dilatarse por su fuerza expansiva en Escocia; y Escocia debía pugnar, en cumplimiento de leyes eternas, por su nativa independencia. En tal conflicto de fuerzas había Escocia de buscar un poder, que contrastase con empeño el poder de Inglaterra, y lo encontró en Francia. De aquí una mezcla inevitable, desde los comienzos del siglo décimo-tercio, en que la monarquía escocesa nace, hasta las postrimerías del siglo décimo-sexto, en que la monarquía inglesa se robustece y agranda y organiza; una mezcla, decíamos, entre los intereses de Francia y los intereses de Escocia. Inglaterra cree que necesita costas suyas en Francia, y la combate, como Francia cree que necesita poner un pié perpetuamente para su seguridad en el territorio británico, y unas veces influye, hasta dominarla, en Escocia, y otras veces influye, hasta encenderla y sublevarla, en Irlanda. Especialmente los intereses del territorio más vecino al territorio británico privan todos á una en Francia; y la política francesa en todo el siglo décimosexto ejerce, no influjo, no, poder absoluto é inmanente sobre toda la Escocia. A esto contribuyó la triste y nefasta dinastía de los Estuardos, subida por enlaces al trono de Roberto Bruce en principios del siglo décimoquinto, y destinada primero á combatir el feudalismo y luego á combatir la Reforma, sucumbiendo en este segundo empeño,

destronada para siempre, después de haber dado al cadalso dos reyes de su sangre, Carlos I y María Estuardo.

Jacobo V presintió el destino de su raza en la hora de su muerte. Una mañana de diciembre, 1542, supo, después de terribles derrotas infligidas por los ingleses á su ejército, que acababa de nacerle una hija, y exclamó suspirando entre los resuellos del postrero instante: «Por una mujer vinieron los Estuardos al trono de Escocia, y por otra mujer saldrán.» Seis días contaba la princesa de vida, cuando fué proclamada Reina por muerte de tan siniestro agorero. El odio de este monarca tanto al Protestantismo como á Inglaterra le obligó á la alianza con Francia, y la alianza con Francia le obligó á dos sucesivos matrimonios con infantas francesas. Casó en primeras nupcias con una hija de Francisco I, y en segundas nupcias con María de Lorena, hermana de los Guisas, quienes constituían por sus duques y por sus cardenales, todos de sangre real, una dinastía tan alta y poderosa como la dinastía reinante á la sazón en el trono de Francia. Tuvo en esta princesa de Lorena Jacobo V de Escocia á su unigénita María Estuardo, quien debía por decreto del cielo sucederle así en los privilegios como en las desventuras. María de Lorena recogió la herencia tristísima de Jacobo V, y para mayor seguridad de su persona envió la hija de sus entrañas á la corte del Louvre. Tal resolución suponía una política fundada en estas tres tendencias: guerra implacable á los ingleses; guerra más implacable aun á los protestantes; amistad inextinguible con Francia. Estas tres tendencias provocaban peligros inmensos difíciles de conjurar, no ya por una débil mujer como María de Lorena, por un guerrero y un estadista de primer orden. Inglaterra se había fortalecido mucho, así bajo la sabia política de Enrique VII, como bajo la voluntad avasalladora de Enrique VIII, y si las perturbaciones religiosas, acaecidas en tiempo de Eduardo VI y María I, detuvieron este desarrollo, la mano vigorosa de Isabel y su férreo ánimo, reintegraron á la nación británica en todo su esplendor y al Estado en toda su autoridad y en toda su fuerza. Difícil, pues, combatir á Inglaterra, y mucho más difícil aun contrastar el Protestantismo. Las razas del Norte propendían con propensiones invencibles á esta individualista religión, que consagrando el libre exámen, consagraba también la facultad característica por excelencia de toda personalidad independiente. Las ráfagas

de ideas que atravesaron el pensamiento humano y encendieron la revolucion religiosa en el siglo décimosexto, habian de producir en Escocia un tribuno, parecido á todos los grandes reformadores religiosos, quien, despues de iniciarse con Calvino en los dogmas del neo-cristianismo republicano, esparcía-los por su patria en las lenguas de fuego, que lleva consigo una arrebatadora elocuencia, y sosteníalos con los triunfos y logros que alcanza en el mundo siempre una decidida y férrea voluntad. Pues si el combate con ingleses y presbiterianos á un tiempo parecia dificultoso, la sistemática é ineludible amistad con Francia era mas dificultosa todavía, merced á la situacion terrible de tan grandioso reino, desgarrado por la guerra interior de católicos y hugonotes; suspenso á un tiempo de la fuerza del imperio español personificado por Felipe II y de la fuerza del imperio británico personificado por Isabel I; incierto entre la religion católica tradicional en él y la religion protestante sostenida por magnates tan poderosos como los Navarra, los Condés y los Colignys; codicioso del arrimo que le ofrecia España y de los despojos que ponía el absolutismo de España á su alcance con guerras como la guerra de los Países Bajos; protector unas veces de los príncipes luteranos, otras veces de los sultanes bizantinos, y amigo en varias alternativas de los emperadores austriacos; roto en mil pedazos por la debilidad de los Valois, por la ambicion de los Borbones, por la prepotencia de los Guisas, por el poder semi-feudal de los Montmorencys, por el arrojode tantos ricos-hombres, todos en armas, todos en guerra; inquietos de suyo, pugnantes entre sí como en los tiempos feudales, llevando á Francia, incapaz entonces de todo propósito firme y de toda idea clara, desde los Edictos de pacificacion y concordia en los cuales amanecia la libertad religiosa, hasta las barricadas ligeras de Paris sobre cuya cima centelleaban las hogueras del Santo Oficio y las matanzas de San Bartolomé, último extremo de supersticion y de barbarie.

Como hemos dicho, seis dias contaba la Estuardo, cuando fué proclamada Reina. Pues bien, contaba un año, cuando fué coronada en Escocia; y seis años, cuando fué desposada con el Delfin de Francia. Su minoridad dió margen á guerras terribles; y en su paso desde las costas patrias hasta las costas francesas, á edad tan tierna, estuvo cerca de producir un combate cruento entre las armadas de Enrique II que la conducian y las armadas de Enri-

que VIII que trataban de impedir su partida. Por fin llegó salva, milagrosamente, á San German, acompañada por cuatro niñas nobles, prenda de la union temerosa entre Francia y Escocia, combatida nada menos que por todas las fuerzas de Inglaterra y por todos los recelos de España. En San German y sus bosques; en Chambord y sus jardines; en Fontainebleau y sus selvas; en el Louvre y sus salones creció María Estuardo, amada por Enrique II como una predilecta hija, y odiosa de suyo á Catalina que veía en ella temible y formidable rival. Cuéntanos Brantome que, á los quince años, ya estaba en la plenitud de su desarrollo y en el colmo de su hermosura. Esbelta como pocas, y alta, veíase, á guisa de un trofeo de galanura, surgir su frente serena sobre la frente de todas sus damas. Varonil belleza la distinguía en aquella corte de afeminados caballeros. Sus ojos azules guardaban toda la profundidad del Norte unida con todos los resplandores del Mediodía. Espaciosa la frente, larga la nariz, en cambio tenia breves los piés y breves las manos; estas especialmente, las mas proporcionadas que hasta entonces habian visto los mortales. Tales encantos crecian á la magia de una voz melodiosa y celestial, cuyos ecos serenaban los ánimos como cadencias de una encantadora música. En aquella corte, rodeada de doscientas damas á cual mas hermosa, la juventud de María espaciábase con la gentileza que las flores en primavera y resplandecia con el brillo que las estrellas en estío. A la prestancia de su figura reunia la delicadeza de su inteligencia, enamorada por completo de aquella renovacion del arte, que trayendo nuevas metamorfosis al espíritu, traía espléndidas inspiraciones á la mente. Admiradora del genio italiano, tan fecundo por aquella sazon extraordinaria en maravillas; conocedora del griego y del latin; amaestrada en las ciencias por su continua conversacion y esparcimiento con los doctos; discípula de Ronsard en literatura y de L'Hopital en derecho, escribia cartas políticas á su madre con toda la madurez de un estadista, pronunciaba discursos clásicos en lenguas sábias con toda la elocuencia de un orador, y acompañándose al son de la lira, cantaba con voz suave y dulcísima versos compuestos por ella misma, y aromados de artificiosa por lo general, pero, á veces, ingenua y encantadora poesía. El hechizo y prestigio de tal juventud arrullada por coros de poetas y embellecida por legiones de artistas, crece hoy en la historia ciertamente al contraste trágico